

La dulce vita Cuentos de invierno



POR FERNANDO R. LAFUENTE

Fue en la memorable revista de humor «Hermano Lobo» donde el gran Chumy Chúmez publicó uno de sus chistes, o tira cómica, o viñeta que rompía la reverencia sagrada respecto a los escritores y los libros. Se veía a un autor, con aspecto semejante a Larra, decir: «Escribir en España es llorar», y a la derecha asomaba la cabeza de alguien que respondía: «Pues anda que leeros». En unas tierras en las que todo se toma a la tremenda, con un aire entristecido, bárbaro y fatuo, y el sentido del humor es siempre a costa del otro, pero nunca de uno mismo, merece la pena aprender cómo los anglosajones llevan siglos riéndose de sí mismos con un desparpajo admirable.

«Los libros en The New Yorker. La literatura en viñetas» es una gozada desde la página uno a la 192. Una fiesta de sensibilidad, ironía e ingenio. Sin acidez, sin mala baba, con inteligencia y natural bonhomía. La antología, maravillosamente seleccionada (y traducida) por Miguel Aguayo, es el complemento perfecto para estos días de gélido, y prematuro, invierno. Desde 1925 las tiras cómicas de «The New Yorker» son un reclamo para cualquier lector deseoso de recordar que «a este valle de lágrimas hemos venido a llorar lo menos posible» (Fernando Fernán Gómez). Aquí se reúnen cerca de doscientas viñetas desternillantes,

corrosivas, irónicas surgidas del genio de dibujantes como Leo Cullum, Charles Barsotti, Robert Mankof, David Sipress o Robert Weber.

Desfilan todos: autores, editores, agentes, libreros y, cómo no, lectores. Cada uno recibe su ración de sarcasmo, de gracia, de parodia. El aire fresco de estas tiras devuelve a uno la confianza en que la risa (no el trueno feroz de la carcajada salvaje) es el principal emblema de la conversación. Solo un ejemplo, hay tantos: una niña está acostada, el padre se acerca a la cama y le dice: «Ahora cierra los ojos y duérmete o papá te leerá un poco

más de su novela». Otro, el librero le confiesa a una clienta: «No lo tenemos, pero puedo hacer que lo escriban», y así hasta casi doscientas. Genial.

De la risa a la melancolía hay un paso, fatal y errabundo. «Sueño de invierno», del turco Nuri Bilge Ceylan, es una lejana obra maestra, llena de intensidad, minuciosa en su realización, oculta entre las sombras de la culpa, la ambición, el fracaso y la compasión. El actor retirado Aydin regenta un pequeño hotel en la Capadocia, allí pasa sus días evocando el pasado, mientras la relación con su mujer, más joven, se deshace en un oscuro baile de silencios, cae el invierno y la nieve destapa los sentimientos más tristes. La llegada de la hermana de Aydin, tras un divorcio, enrarece el ya desaseados ambiente. Es sorprendente cómo un metraje tan largo apenas se percibe. Tal es la extraordinaria capacidad cinematográfica de Ceylan. Un lujo, sosegado y tenso.

No hay sosiegos en un buen comer. Zeraín, cerca de la casa de Lope de Vega, al lado de los supuestos huesos de Cervantes, es ya un clásico de la jugosa tortilla de bacalao, del radiante rape de anzuelo y, claro está, del inmenso chuletón, con sus pimientos de Guernica. Saborear los cuentos de invierno, soñados o vividos, es la discreta alegría para unos días tan largos e invisibles.



- «Los libros en The New Yorker. La literatura en viñetas»**
- Selección y traducción de Miguel Aguayo. Libros del Asteroide, Barcelona, 2014. 192 páginas. 15,95 €
 - Dirección, Nuri Bilge Ceylan. Turquía-Alemania-Francia **Zeraín**
 - Quevedo, 3. Tel. 91 429 70 09 Madrid. 30 €

70 AÑO CERO



La dulce vita Cuentos de invierno

Fue en la memorable revista de humor «Hermano Lobo» donde el gran Chumy Chúmez publicó uno de sus chistes, o tira cómica, o viñeta que rompía la reverencia sagrada respecto a los escritores y los libros. Se veía a un autor, con aspecto semejante a Larra, decir: «Escribir en España es llorar», y a la derecha asomaba la cabeza de alguien que respondía: «Pues anda que leeros». En unas tierras en las que todo se toma a la tremenda, con un aire entristecido, bárbaro y fatuo, y el sentido del humor es siempre a costa del otro, pero nunca de uno mismo, merece la pena aprender cómo los anglosajones llevan siglos riéndose de sí mismos con un desparpajo admirable.

La dulce vita
Cuentos de invierno